

# De la risa salvaje a la risa banal

*Francisco Javier Meza\**

*Teresa Farfán Cabrera\*\**

## *Resumen*

El artículo pretende analizar el complejo fenómeno que constituye la risa. Partimos del mundo antiguo hasta el mundo moderno. En muchos sentidos sus líneas son sólo pinceladas, esbozos acerca de un tema inabarcable. Consideramos que es necesario atenderlo por la riqueza y el significado que representa en nuestras vidas, y los problemas que enfrenta en el mundo de hoy.

*Palabras clave:* risa, risa compleja, ironía, sadismo, mundo moderno.

## *Abstract*

This article aims to analyze the complex phenomenon that laughter represents. We start from ancient world until we reach the modern world. In many ways, his lines are just brushstrokes, sketches about an unfathomable.

\* Doctor en Historia de México por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Política y Cultura perteneciente a la División de Ciencias Sociales y Humanidades, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [fjmeza@correo.xoc.uam.mx] / orcid: 0000-0002-7046-1617

\*\* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana. Profesora-investigadora de tiempo completo en el Departamento de Política y Cultura perteneciente a la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [tcfarfan@correo.xoc.uam.mx] / orcid: 0000-0002-0284-8537

ble subject. We believe that it is both because of the richness and meaning it has in our lives, and meaning it has in our lives, and the problems it faces in today's world.

*Keywords:* laugh, complex laugh, irony, sadism, modern world.

*También habría que decir: la risa viene de la idea de la propia superioridad. ¡Idea satánica como la que más! Orgullo y aberración.*

CHARLES BAUDELAIRE, *Lo cómico y la caricatura*

*La ironía hace reír, pero ella misma no tiene ganas de reír; bromea fríamente, sin divertirse; es burlona, pero sombría. Mejor aún: desencadena la risa para congelarla inmediatamente. Esto se debe a que entraña algo tortuoso, indirecto y helado, a través de lo cual se deja entrever la inquietante profundidad de la conciencia: por eso la alegría no tarda en transformarse en tensión y malestar. La ironía apunta a otra parte. La risa en cambio, no apunta a otra parte ni simula: simplemente, ríe...*

WLADIMIR JANKÉLÉVITCH, *La ironía*

## Propuesta no siempre cumplida

Las siguientes líneas constituyen un intento de aproximarnos al complejo fenómeno o manifestación de lo que genéricamente llamamos "risa". Por eso es inevitable que incluyamos algunos aspectos y que otros queden fuera; ella es ángel y demonio, y como tal su riqueza es inaudita, inabarcable. La filosofía, la historia, la medicina, la psicología, la sociología, la antropología, la literatura en general, incluyendo la poesía, y la pintura y el grabado son sólo algunos de los principales saberes y artes que han buscado definirla porque está en todas partes, incluyendo la muerte. De ahí que propiamente no intentaremos encerrarla en los estrechos límites de una definición, de un concepto, porque éstos siempre son camisas de fuerza que no

pueden abarcar todo dentro de sus estrechos límites por más que intenten hacerlo. Más bien intentaremos aproximarnos a ella buscando algunas de sus expresiones en diferentes momentos históricos, antigüedad, feudalismo y mundo moderno, comprobando que siempre ha estado ahí, ya que es una eterna y fiel compañera.

### ¡Ella, siempre ahí!

La risa, propia del ser humano, ha suscitado a lo largo del tiempo miles de reflexiones. Tan sólo en la década de 1950 se calculó que existían más de ochenta teorías acerca de su naturaleza. En nuestros días es posible que ellas se hayan duplicado. Sin duda, guarda un estrecho contacto con el *Homo Ludens*; en el juego es común que ella esté presente, pero también en la sexualidad, en el placer, en el trabajo, en el conocimiento, en la vida en general y que irremediamente provoque enojos, cóleras, tristezas, indiferencia. Pero ella misma, en sí, aunque no siempre, es un juego. Finalmente, en lo humano la razón y la demencia están estrechamente vinculadas, y así como sabemos que existen risas producto de la inteligencia, de la astucia, también hay risas buscadas, provocadas por la demencia que todos cargamos. Tras ella están la alegría, la felicidad, pero también la cólera, la furia, el sadismo, el exceso, la manipulación. Ella de ninguna manera es inocente porque puede ser placentera; con ella podemos amar, ¡sí!, pero también odiar. No deja de ser un misterio porque es diversa, amorosa, diabólica, liberadora, agresiva, mordiente, abiertamente insultante, halagadora... risa, sonrisa, carcajada, irónica y seria, incontenible, plácida, babeante, simplona, estúpida, nerviosa, cobarde, hipócrita, fingida. Proteica en exceso, va con nosotros por todas partes y la encontramos en todas partes. Herederos de una cultura judeocristiana, no podemos evitar que, incluso, normalmente después del placer surja la tristeza y, quizás, el vacío y la culpa. Pero las razones, para Bataille, por ejemplo, van más allá: por un lado, somos seres discontinuos buscando sin cesar la imposible continuidad, seres que nacemos y morimos solos, y aunque engendremos

nuevos seres, éstos son otros, particulares y únicos, y nunca serán la sobrevivencia de “nosotros”; por otro lado, debido a limitaciones y normas “el hombre es un animal que ante la muerte y la unión sexual se queda desconcertado, sobrecogido” (Bataille, 1997:19 y 55). Y es por ello que de las alegrías y las risas que nos brinda el erotismo pasamos al dolor o a la melancolía de la nostalgia o, también, la alegría del gozo y el dolor se confunden.

En uno de los múltiples intentos por atraparla, por definirla, el sociólogo Peter Berger reconoce que lo cómico es vital para los seres humanos, y que el humor nos ayuda a percibir lo gracioso, y que debemos tomar en cuenta que es diferente en cada época. No obstante, siempre se experimenta como una *incongruencia* que rompe con el orden cotidiano y nuestras limitaciones. También, el autor se inclina por una risa que nos redima, que nos salve de la monotonía y dureza de la vida (Berger, 1999:13). Ciertamente, como risa redentora construye y destruye, da vida y aniquila, pero depende de quién y cómo la usa, o a quién sirve y con qué fines.

Para Theodor Lipps (2015) lo cómico constituye un *sentimiento*, no una sensación, provocado por objetos, procedimientos, discursos y actos. Un sentimiento que provoca placer, pero también puede provocar displacer, es decir, “los elementos que generan placer y displacer forman parte de lo cómico. El sentimiento de la comicidad contendrá en cierto modo ambos sentimientos” (Lipps, 2015:32). Y es que la risa puede brotar del placer que da la superioridad, la fuerza, la ventaja, o también de algo feo e inofensivo que nos desagrade, que nos ofende. Además, el temor o la compasión, sentimientos no alegres, tienen que ser inexistentes, o por lo menos estar en segundo plano para no impedir que ella estalle. Es demasiado sabido que el gran comediante Chaplin en sus películas nunca le dio una patada en el culo a un limosnero porque, más que risa, hubiera provocado en el público tristeza o enojo. Siempre buscó que las patadas las recibiera de preferencia un policía, y entonces la risa brotaba porque, consciente o inconscientemente, el espectador disfrutaba de la desacralización de un agente del orden. Respecto a la idea de que la superioridad, o la fuerza ante la debilidad, hace brotar la comicidad, hay que agregar

el sujeto o el objeto que resultan insignificantes. Pero a pesar de que Lipps considera que “esos superiores” son pedantes, vanidosos o en-greídos, y por ello están impedidos de todo humor ante lo cómico, y que “no saben reír de corazón”, no habría que olvidar que la burla es posible porque normalmente consiste en humillar a los sujetos, a los otros con la seguridad de que no podrán vengarse. De ahí que se acepte que el humor y la tragedia pueden ser hermanos: si lo cómico rebasa ciertos niveles –en lo que también debe tomarse en cuenta la psique del sujeto objeto de risa–, la posibilidad de desembocar en la violencia está dentro de lo posible.

Existen muchas definiciones que buscan precisar y esclarecer el fenómeno de lo cómico y la risa, y que son válidas, pero sólo enumeraremos alguna de ellas sin intención de detenernos pormenorizadamente, sobre todo por falta de espacio. En primer término, lo cómico y la risa requieren de nuestro abandono, de nuestra entrega, de dejar libre el niño escondido que cargamos, y disfrutar sin represiones, restricciones, remordimientos y prohibiciones el baile, la fiesta, el amor. Necesitamos callar u olvidar aunque sea momentáneamente esos eternos ¡no!, que habitan nuestras cabezas y que en ocasiones son excesivos. Es decir:

La contemplación humorística del mundo, en principio, lo sublime está en mí. Entonces, ciertamente, también lo cómico fútil está en mí, pero sólo de manera secundaria, sólo en la medida en la que [...] mi adentramiento en la comicidad incluya una forma de nulificación de mí mismo. Únicamente cuando este es el caso, surge la sublimidad en la comicidad y, por tanto, el humor (Lipps, 2015:324).

Sólo que abandonarse, anularse, también conlleva el riesgo de la manipulación, y esa comicidad y su risa pueden tener como propósito reconciliarnos con un mundo que nos hace daño, que nos despoja de nuestro ser. Y entonces apaciguados, reconciliados, sólo reímos y corremos el riesgo de convertir la vida en una lúgubre sempiterna carcajada. Pero si lo cómico, lo irrisorio, es lo fútil ante lo sublime, es decir, lo pequeño contrastado con lo grande, entonces el trabajo

consiste en definir lo sublime dado por el contexto. Y aquí aparece lo subjetivo, lo objetivo e incluso lo ingenuo que también podemos definir como ignorancia. Pues es cierto, “sólo los tontos se ríen de lo que no entienden”, y si no entendemos nada reiremos muchísimo. Es por eso que “la comicidad es un sentimiento particular, o un estado particular de experiencias psíquicas, que permiten que se dé origen a tal sentimiento particular. Este sentimiento se puede manifestar en la risa. Pero también puede reprimir la risa. Por otro lado, la risa también puede tener otros motivos; en los ‘idiotas’, quizá la vanidad satisfecha” (Lipps, 2015:95).

En efecto, si el mundo es frívolo, entonces nuestro narcisismo se realiza plenamente, y con él la risa idiota. Y entonces ocurre que la risa resulta irrelevante para la comprensión de la comicidad.

El problema de lo cómico ha desembocado en buscar “sus leyes generales” que lo determinan, lo cual sigue siendo impreciso y aproximado. En general, podemos aceptar que cuando tenemos altas expectativas respecto de algo y nos defrauda, es decir, resulta lo contrario, es factible que nos riamos de lo otro e incluso de nosotros mismos. Y saber reír de uno mismo es lo verdaderamente sublime, quizá porque nos redimensionamos y adquirimos un justo medio entre los siempre deplorables extremos. Finalmente, de ninguna manera somos superiores. Es la incongruencia que nos hace reír. Pero, en muchos sentidos, lo cómico sigue siendo un misterio. Eternamente contradictorios, siempre en movimiento, ciertamente, nos volvemos indescifrables de ahí que también debemos reconocer que “al igual que existe un placer alegre, también existe un displacer alegre, e incluso un dolor alegre. Todos ellos existen, tan cierto como que igualmente existen las vivencias displacenteras y el dolor con tintes cómicos” (Lipps, 2015:164).

Pero lo contradictorio no lo es por fuerza totalmente porque lo cómico puede ser placentero o no placentero simplemente por indiferencia, e incluso la tragedia y la comedia son afines: sabemos que lo cómico exagerado puede terminar en tragedia, y la ironía frenar la tragedia. La antigua sabiduría griega supuestamente establecía que primero era necesario asistir a una tragedia, y a ella le seguía la come-

dia. La primera removía nuestros sentimientos y temores, la segunda purgaba lo anterior mediante la risa liberadora. Así, la risa seguía a las lágrimas y entonces surgía la catarsis. Y es que la vida es tragedia y comedia. Y si la risa es diabólica, decía Baudelaire, lo es porque es humana. Y agrega que el científico, como especie de “verbo encarnado”, no sabe reír porque para él lo cómico no existe, o es propio de los tontos, los ignorantes y los débiles (Baudelaire, 1988:18). Pero, ciertamente, a pesar de los científicos, es posible encontrar en el humor ciertas características, y justo la primera es que se burla o escapa a toda definición; huye de ellas fácilmente, con rapidez y, por supuesto, riéndose. Y es que:

Su contenido puede ser muy variable: hay toda una variedad de tipos de humor en todo tiempo y en todo lugar, desde el momento en que, en la más remota prehistoria, el hombre se hizo consciente de sí mismo, de estar y no estar ahí al mismo tiempo, y cuando eso le pareció curioso y divertido. El humor apareció cuando el hombre se apercibió de ser extraño a sí mismo; dicho de otra forma, el humor nació con el primer hombre, el primer animal que se apartó de la animalidad, que tomó distancia de sí mismo, que se descubrió irrisorio e incomprensible (Minois, 2015:93).

Se supone que tanto la tragedia como la comedia tuvieron su origen en el culto a Dionisio, dios posiblemente de origen tracio. La primera la asocian más a él, no obstante, ambas estaban unidas. Sabemos que contrapuesta a la personalidad de Dionisio, dios transgresor y pasional por excelencia, normalmente se coloca la figura de Apolo como luminosa y razonable. Pero ahora sabemos que Apolo también tenía una personalidad demasiado seria y despreciativa hacia los humanos, parece que nada más le importaba que

[...] los humanos reconocieran su naturaleza y la aceptaran hasta lo más profundo, sin reservas ni limitaciones. Eran miserables y efímeros; se parecían al follaje: tan pronto se mostraban llenos de fuerza como caían privados de vida; no sabían comprender ni ver; eran “la sombra de un sueño” [...] y, por tanto, irreales por partida doble, doblemente incon-

sistentes. Realizaban acciones vanas, sin objeto, pues eran temerarios, víctimas de la *hybris*; y siempre lo serían, pues tales eran su condición y su destino (Citati, 2008:23).

Además, Apolo no reía, si acaso sonrió despreciativamente sobre todo cuando habló de la pobreza de los humanos, pero también cuando cantaba y bailaba. Pero a pesar de todo, como sabía que los seres somos miserables, se apiadó y fundó el oráculo (Delfos, entre otros), y además de su temible arco tenía la cítara (música, cantos, poesía), a Sócrates le ordenó filosofar conociéndose a sí mismo, y cuestionar todo con interminables preguntas (educación, leyes, constituciones), y era constructor (templos, ciudades) pues como arquegeta le correspondía civilizar. Además era un terrible asesino con su arco y sus flechas, y solía enviar como castigo el cruel flagelo de la peste. Y es que como todos los dioses griegos era complejo y claroscuro (Detienne, 2001). Se dice que Apolo y Dionisio eran contrapuestos, “pero también existe una vinculación, igual que sucede con la comedia y la tragedia. Los ritos dionisiacos, se incorporaron al culto del dios de la sensatez luminosa en Delfos, el principal santuario de Apolo” (Berger, 1999:46). Ambos dioses son nuestro reflejo o somos reflejos de ellos: *homo sapiens-demens*, y por ello fluctuamos entre lo sagrado y lo profano, y la ironía y la risa.

### Risa e ira divinas

Los dioses de la antigua Grecia fueron criticados, entre otros, por el poeta-filósofo presocrático Jenófanes de Colofón, que era escéptico ante la idea antropomórfica acerca de los dioses. Parafraseando su satírico verso diríamos: si tuviésemos cuernos, pezuñas y rabo nuestros dioses y diosas también los tendrían. El verso expresa:

    Pero si los bueyes, (caballos) y leones tuvieran manos /o pudieran dibujar con ellas y realizar obras como los hombres, / dibujarían los aspectos de los dioses y harían sus cuerpos, / los caballos semejantes a los caba-

llos, los bueyes a bueyes, / tal como si tuvieran la figura correspondiente a cada uno [...] Los etíopes (dicen que sus dioses son) de nariz chata / y negros; los tracios, que (tienen) ojos azules y pelo rojizo (Eggers y Juliá, 1981:294 y 295).

En efecto, dioses y diosas dentro de las representaciones antiguas (sobre todo en Homero) sabemos que se inmiscuían excesivamente en la vida de sus creaciones, y enfurecían y reían entre ellos y con y de los humanos. Dioses y diosas bromistas: líos, golpes, engaños, deformidad, vino y sexo. Quizá por eso el poeta órfico Proclo del siglo v de nuestra era decía que los dioses nacieron de la risa de dios y los hombres de sus lágrimas. Pero no sabemos si fueron lágrimas provocadas por el dolor o la risa, o por ambas. También el historiador Georges Minois nos dice que según el papiro de Leiden (siglo III d.C.) la risa de dios engendró los siete dioses que rigen el mundo: de las primeras seis nacieron la luz, el agua, Hermes, la generación, el destino y el tiempo. Y a la séptima estruendosa carcajada brotó de sus lágrimas el alma. Así, podríamos decir que en el principio parece que estuvo el verbo, y la risa junto con las cuchufletas de los dioses. Sabemos que el conflicto, la risa y el llanto están presentes en los mitos de Oriente, y los griegos los tomaron de Fenicia, Babilonia y Egipto, y los conservaron y transformaron estableciendo que los dioses inmortales ríen. En cambio, los humanos somos una triste irrisión arrancados del caos para luego, temprano o tarde, regresar a él. Tal vez todos esos dioses reían de lo que tenían en mente: la creación de un sujeto, un pelele, autocalificado, más adelante –por falsa bondad y real vanidad–, como ser humano y *sapiens*. Una especie de bípedo desplumado condenado a vivir en perpetua tragedia y comedia. Y al que quizá los inmortales tuvieron a bien otorgarle la risa para hacerle la vida menos pesada. Esa vida sobre la que se preguntó siglos después Macbeth, personaje de uno de los poetas más grandes, más o menos diciendo: “¿Es acaso la vida un cuento sin sentido, lleno de ruido y de furia, narrado por un idiota?” (Shakespeare, 1951:1625). Los antiguos griegos carcajearon mucho con la comedia y la risa brutal, salvaje, mordaz de Aristófanes, y otros, simplemente con la

ironía ilimitada de Luciano de Samósata, hubieran tenido suficiente, a pesar de que Platón y Aristóteles, básicamente por asuntos de contexto —como la decadencia de la democracia—, no la vieron del todo bien. Pero ciertamente, la lista es interminable respecto de su uso y rechazo, y el orden más o menos fue:

La risa inextinguible de los dioses, luego de encarnar en la risa agresiva y demente de Homero, ha estallado en la risa vulgar y amarga de Diógenes, la risa desengañada de Demócrito, la ironía de Sócrates, la eutrapelia de Aristóteles. Desde los gestos graves y herméticos de Pitágoras, Anaxágoras, Aristómenes (quien según Claudio Eliano no reía jamás), hasta el rostro risueño de Luciano que se ríe de todo, los griegos nos muestran el abanico completo de las actitudes referidas al ser (Minois, 2015:89).

A lo colectivo, sin importar la posición social, hay que agregar las risas de las fiestas, en esos momentos eminentemente religiosas y políticas porque las costumbres implican la sobrevivencia de las élites y las sociedades que dirigen. En ellas los seres se liberan, sí, pero como muchas veces son convenientes para conservar el orden social, la risa, la alegría, el éxtasis están controladas y dirigidas. Fiestas (y risas) como las dionisiacas, las bacanales, las leneas, las tesmoforias, y las panateneas que trastocan el orden y lo ponen de cabeza, y transgreden jerarquías pero siempre temporalmente. Muchas de estas fiestas, como era lógico, pasaron a la sociedad romana, al poderoso imperio que conquistó Grecia y que terminó conquistado por su cultura. Los romanos también rieron con Ovidio, Cicerón, Catón, Plauto y otros, pero parece que sobre todo con la sátira empleada con fines morales y correctivos, y con fiestas de origen rural como las lupercalias, la liberalia y la floralia.

### **De agelastas y filógelos**

En cambio, en Jerusalén, la otra cuna de la civilización occidental, un dios único, simplemente nombrando creó todo. Y al séptimo día,

viendo que el resultado era bueno, decidió descansar posiblemente luciendo una ligera sonrisa de conmiseración porque sabía que, como todos los dioses, en el fondo no podía dejar de hacer trampa. Este dios judío se manifiesta lleno de furia y venganza. Castiga con dureza la desobediencia y no admite razones. Es por eso que en su historia aparecen rebeldes que le desobedecen y reprochan como Moisés, Jacob, Jonás, Job y otros. Desde hace algunos años los estudiosos lo han escudriñado buscando su risa, y algo han encontrado. No obstante, si frunce el ceño, entonces contrasta mucho con el fino y abundante humor desarrollado por sus fieles. En la Biblia encontramos expresiones como “serás la irrisión de todos los pueblos”, “burla de los opresores”, “diversión de insensatos”, “Tú, Yahveh, te ríes de ellos, tú te mofas de todos los paganos”, “se burla de los burlones”, y explícitamente el bello libro del *Eclesiastés* (*Kohelet, El orador*) escrito posiblemente por Salomón nos dice que “hay un tiempo para reír y otro para llorar” y, sin duda, hablando de sí mismo, observa que “de tanto hablar se dicen tonterías y de tanto pensar se tienen pesadillas”. La risa y la ironía del “pueblo del libro” es antigua y persistente, después de todo se podía decir que la cultivaron y la perfeccionaron gracias a la agudeza de su lógica, pero en parte también por las constantes persecuciones que sufrieron. El escritor judío-ucraniano Scholem Aleijen (seudónimo de Salomón Rabinovitz), durante el siglo XIX vivió de cerca continuos *pogroms* contra su pueblo, quizá por ello una de sus apuestas preferidas fue que “había que reír. Porque ningún motivo había para la risa, y porque todo arrastraba en realidad hacia el llanto. Porque había que sobrevivir era menester reír” (Aleijem, 1980:2). Un profundo conocedor de los cuentos jasídicos, Martin Buber, escribió admirado:

Cada cosa que el verdadero jasid hace o deja de hacer refleja su creencia de que a pesar del intolerable sufrimiento que debe soportar, el latido de la vida es una santa alegría y siempre y en todas partes puede uno forzar el camino hacia ella a condición de entregarse por entero a su empeño (Buber, 1978:34).

Es posible que la existencia de los seres consista en sufrir el fuego pero su deber es transformarlo en luz, y a la vida en júbilo. Un rabinista le dijo a otro que no entendía a los cristianos, continuamente se quejaban de que los judíos habían asesinado al mesías, lo cual no era cierto, pero también decían que había resucitado al tercer día. ¿Quién podía entenderlos? También, luego de reprocharle mucho a Dios su sordera y su indiferencia, alguien llega a la conclusión de que más bien el creador necesita compasión porque quizá está afligido y preocupado de que el hombre que ha creado se ha convertido en un incontrolable escarnio (Wiesel, 1991:270). Wagenstein, escritor búlgaro, reflexiona que “si Dios tuviera ventanas, hace tiempo que le hubieran roto los cristales”, y uno de sus personajes a continuación nos dice: “Es una ley natural: los fuertes se comen a los débiles, pero su apetito suele ser demasiado grande para su capacidad digestiva, por eso les dan diarreas y ardores que se curan con revoluciones. Estas últimas crean el caos y del caos nacen mundos nuevos; ojalá el mundo de mañana nos salga menos cagado que el de ahora” (Wagenstein, 2008:86).

Sobre todo, el cristianismo es la religión seria por excelencia: el creador y sus criaturas son demasiado circunspectos, y están siempre absortos pensando en la Trinidad y preocupados por la salvación. Quizá sólo esbozan una ligera sonrisa de condescendencia, aceptación y sumisión. No obstante, el diablo está presente y obliga a burlarse de ese ser pobre y miserable que nace entre orines y heces y muere entre orines y heces, y vive llorando todo el tiempo por culpa del pecado original. La supuesta culpa fue bien inculcada y los padres de la iglesia sobre todo satanizaron la risa. Personajes como Juan Crisóstomo, Paulo de Tarso, Tertuliano, Basilio de Cesarea, San Ambrosio, Benito de Aniano, Ludolfo de Sajonia, Pedro el Cantor y, como indicamos antes, hasta el propio San Agustín fueron enemigos jurados de ella. Ciertamente, en los inicios de la institución una rama de los gnósticos, el docetismo, reivindicó la alegría. Pero las fiestas paganas fueron prohibidas hacia finales del siglo IV y durante el V, y como eran tiempos difíciles la comedia fue opacada por la tragedia real de las invasiones bárbaras: masacres, hambre y epidemias. Pero

a pesar de todo, la risa sobrevivió en las fiestas de los locos y en los carnavales, quizá herederos de las antiguas lupercales y saturnales. Y entonces la risa enfrentó el miedo al Apocalipsis, a los anticristos y a los infiernos. La celebración de la Pascua, por ejemplo, abrió la puerta a la diversión con “la risa pascual” y sus figuras cómicas tomadas y recreadas del Viejo y Nuevo Testamento. Dicha celebración burlesca fue tomando forma entre los siglos v y viii. Asimismo, la parodia dio paso a la sátira en el siglo xi y el poder fue objeto de burla. En la célebre y, por lo mismo, polémica obra de Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, encontramos que:

[...] la risa, separada en la Edad Media del culto y de la concepción del mundo oficiales, formó su propio nido, casi legal, al amparo de las fiestas que, además de su apariencia oficial, religiosa y estatal, poseían un aspecto secundario popular carnavalesco y público, cuyos componentes principales eran la risa y lo “inferior” material y corporal. Este aspecto popular tenía formas propias, temas, imágenes y ritual particulares. El origen de los diversos elementos de este ritual era dispar. Puede decirse con certeza que la tradición de los saturnales romanos sobrevivió durante la Edad Media, al igual que las tradiciones del Momo antiguo. Otra de las fuentes esenciales fue además el folklore local, que suministró en cierta proporción las imágenes y el ritual de la fiesta cómica popular (Bajtín, 1974:79).

Umberto Eco en su célebre novela *El nombre de la rosa* (1980) nos narra una historia situada en la baja Edad Media alrededor de principios del siglo xiv. William de Baskerville –personaje ficticio y principal cuya creación se inspira en los frailes ingleses lógico-empiristas Roger Bacon (1214-1294) y William de Ockham (1280-1349)– junto con Adso de Melk, su discípulo, llegan a un monasterio benedictino situado en los Pirineos. El objeto de su visita es asistir a las pláticas reconciliatorias entre los enviados del papa Juan XXII, y un representante de los franciscanos llamados espirituales defensores de la pobreza y humildad extrema ante los franciscanos conventuales, y las autoridades eclesiásticas. En esos momentos la Iglesia romana navegaba enfrentando diferentes problemas como cismas y herejías mesiánicas que

veían el papado como el Anticristo e incitaban en su contra rebeliones populares. Precisamente por esos años Roma había destruido la herejía de Dolcino de Novara (1250-1307) y sus Hermanos Apostólicos o dulcinistas, enemigos férreos de la riqueza y el boato.

Poco después de su llegada empiezan a ocurrir una serie de asesinatos en el monasterio. La trama es narrada con la maestría propia de una novela negra, y en pocas palabras resulta que los asesinados se han envenenado ellos mismos al lamerse las yemas de los dedos para pasar de una a otra página y poder leer unos pergaminos. La obra supuestamente era una parte del libro de la *Poética* donde Aristóteles enseñaba a reír a los hombres, pero tenían que leerla a escondidas porque un fraile agilista o enemigo de la risa la escondía celosamente y, además, con maldad impregnó las puntas de las hojas con un tóxico mortal. El hermano se llamaba Jorge y era ciego. Posteriormente el autor confesó que el personaje era un jocoso guiño dirigido a Jorge Luis Borges, el gran escritor y fino ironista que decía que “sólo a veces era Borges”. El monasterio finalmente se incendió por accidente junto con el fraile y una enorme biblioteca, y Baskerville sabiamente le dijo a su discípulo:

–Hablo de Jorge. En ese rostro devastado por el odio hacia la filosofía he visto por primera vez el retrato del Anticristo, que no viene de la tribu de Judas, como afirman los que anuncian su llegada, ni de ningún país lejano. El Anticristo puede nacer de la misma piedad, del excesivo amor por Dios o por la verdad, así como el hereje nace del santo y el endemoniado del vidente. Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad, porque suelen provocar también la muerte de muchos otros, a menudo antes que la propia, y a veces en lugar de la propia. Jorge ha realizado una obra diabólica, porque era tal la lujuria con que amaba su verdad, que se atrevió a todo para destruir la mentira. Tenía miedo del segundo libro de Aristóteles, porque tal vez éste enseñase realmente a deformar el rostro de toda verdad, para que no nos convirtiésemos en esclavos de nuestros fantasmas. Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que éstos rían de la verdad, lograr que *la verdad ría*, porque la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad (Eco, 1982:466).

## Risa, sadismo y manipulación

Para Bajtín, a fines de la Edad Media, entre los siglos xiv y xv, la risa libre, popular, ganó terreno, y de manera abierta sirvió a los pueblos para rebelarse y resistir a los poderosos. No obstante, no debemos olvidar que el mundo moderno, a diferencia del medieval que se construyó empíricamente y bajo la presión de las invasiones bárbaras, ha sido una creación teórica-racional, planeada, planificada, férreamente calculada, y en él, lo que lo compone y aparece, es determinado por su incansable avidez de novedades, y raramente es fruto del azar, es decir, “la sociedad feudal se caracteriza por haberse formado a sí misma, bajo la presión de los hechos, en lugar de haber sido modelada conforme a una constitución o a principios fijados de antemano” (Pernoud, 1962:9). Y los enemigos de la risa persisten, son reales, no ficticios, pero además de rescatar sus aspectos perversos, saben perfectamente usarla para su beneficio. El saltimbanqui y enorme escritor de comedias que fue Jean Baptiste Poquelin-Molière lo experimentó, junto con muchos otros, en carne propia. Después de escribir y montar en escena *La crítica de la Escuela de las mujeres*, dentro del grupo de aristócratas que lo despreciaban se empezó a decir que en ella era factible que se burlaba de dos encumbrados personajes: Jacques de Souvré, comendador de la Orden de Malta, y el duque de La Feuillade, mariscal de Francia y dirigente de un regimiento de la guardia real. El primero dejó pasar los rumores y no les dio importancia, pero el segundo no reaccionó así. Convencido de que él había inspirado al marqués que en la comedia repetía como estúpido a cada momento “¡Tarta de crema! ¡Tarta de crema!”, reaccionó brutalmente. Un día encontró a Molière en Versalles y fingiendo abrazarlo con aprecio lo atrajo hacia él y le restregó el rostro en los botones de brillantes de su abrigo. La cara del comediante agredido no sólo sangró, también quedó desfigurada para siempre (Bulgákov, 1983:165).

También tenemos el caso ocurrido entre el tirano Stalin, llamado “el amado Padre de los pueblos o de los muertos” y sus verdugos, y Osip Maldelstam, el mayor poeta ruso del siglo xx. Al dictador le gustaba reír y burlarse, pero, como ocurre comúnmente, repudiaba

ser objeto de burla. Los rusos disidentes del totalitarismo acostumbraban a realizar reuniones secretas, en las que no faltaban los espías, soplones o chivatos del régimen. Justo en noviembre de 1933 el poeta compuso un corto poema satírico contra Stalin y después lo leyó, en algunas ocasiones, a sus amigos. Denunciado por un espía, fue detenido la noche del 13 al 14 de mayo de 1934. Algunos de los versos impresionan por su ironía:

[...] Pero cuando a medias a hablar nos atrevemos al montañés del Kremlin siempre mencionamos, / Sus dedos gordos parecen grasientos gusanos, como pesas certeras las palabras de su boca caen. / Aletea la risa bajo sus bigotes de cucaracha y relucen brillantes las cañas de sus botas. / Una chusma de jefes de cuellos flacos lo rodea, infrahombres con los que él se divierte y juega. / Uno silba, otro maúlla, otro gime, sólo él parlotea y dictamina... (Mandelstam, 2012:21).

El autor, por su poema, primero fue deportado y luego condenado a trabajos forzados, y finalmente murió en un campo de concentración en 1938 viajando preso hacia Siberia. Pero antes fue obligado a escribir una Oda de desagravio a Stalin, y lo hizo, pero la desconocemos porque por respeto y orgullo su fiel compañera, Nadiezhda, no la cita en sus memorias. Sólo nos dice que le costó muchos dolores hacerlo, algo normal en un hombre digno acostumbrado a cantarle a la vida, y a reír. Así, fue obligado a cambiar la ironía por la alabanza, cosa nada fácil, al grado de que cuando buscaba inspiración al respecto, le confiaba a su compañera: “¿Por qué cuando pienso en él veo cabezas, montañas de cabezas? ¿Qué hace él con ellas?” (Mandelstam, 2012:330). Su compañera, muchos años después, murió convencida que tal acto de humillación a ella le salvó la vida.

Somos seres excesivamente curiosos, seguimos siendo simios; lo desconocido, lo extraño, lo diferente, siempre ha ejercido una influencia morbosa en nosotros, e incluso somos capaces de adaptarlas a nuestros intereses y necesidades. Un claro ejemplo de ello es la historia de los seres producidos por las mutaciones genéticas: albinos, enanos, jorobados, gemelos pegados, hermafroditas, en pocas

palabras, los cuerpos malformados en general han sido objeto de asombro, de coleccionismo, de estudio... y de risa. En efecto, “en los siglos XVI y XVII los monstruos estaban por todas partes. Los príncipes los coleccionaban; los naturalistas los catalogaban; los teólogos los convertían en propaganda religiosa. Los eruditos dejaban constancia de su existencia y significado en libros exquisitamente ilustrados” (Marie, 2007:22). En épocas dominadas por creencias religiosas dichas transformaciones se veían como cólera y castigo divino. En 1523, por ejemplo, Lutero y Melanchton escribieron mordazmente acerca de un supuesto “monje-ternero” parido en Friburgo, y un ser deforme pescado en el Tíber, afirmando que eran imágenes de la corrupción de la Iglesia católica. Los agredidos respondieron que el ternero era Lutero.

Pero nuestros asombros también incluyen la diversión, y en las paradojas y contradicciones de la risa también encontramos la historia de los sin nombre que, por crueles apetitos y decisiones del poder, sus cuerpos fueron sometidos a terribles transformaciones para divertir a sus encumbrados verdugos. Por lo visto nos resultan insuficientes las mutaciones naturales, también nosotros podemos producirlas. La composición del sujeto en muchos sentidos aún es indescifrable, nuestro interior siempre resulta insondable. Sabemos, por ejemplo, que la tortura física en los cuerpos provoca voluptuosidad en el atormentado, en el atormentador y en el que sólo mira, pero también risa histórica.

Pero hablemos un poco del placer de la risa provocada gracias al sadismo, al dolor. El personaje es inventado, pero no así los horripilantes testimonios que nos narra una novela histórica. Un titiritero llamado Gwynplaine —de origen noble y objeto de venganza— tenía una boca que le llegaba a las orejas, y éstas caían de tal forma que le cubrían los ojos, y una nariz totalmente deforme y chata que sólo mostraba dos agujeros: en resumen, era una cara “a la que no se podía mirar sin reír”. Tenía el cabello teñido de amarillo, unos ojos sufrientes, por boca una raja y una nariz aplastada que causaba únicamente “risa como resultado de todo este conjunto”. Según el novelista y poeta Victor Hugo, ese rostro sólo podía ser producto de un

trabajo cincelado desde la infancia del sujeto. Cincelado empleando una cirugía:

[...] hábil en las secciones, en las obtusiones y en las ligaduras, había hendido la boca, desbridado los labios, descarnado las encías, distendido y roto los tabiques cartilagosos, desordenado las cejas y mejillas, alargado el músculo cigomático, esfumado las costuras y cicatrices, vuelto a colocar piel sobre las lesiones, de modo que todo mantuviera en la cara la apariencia de un permanente estado de asombro (Hugo, 1944:138).

Gwynplaine, con su rostro y como titiritero, se exhibía en las ferias ambulantes, junto con otros personajes “curiosos”, con el fin de ayudar a solucionar la tristeza de las gentes. Él, en especial, ayudaba a los hipocondriacos, pero se tenían que eximir de contemplarlo los deudos de algún difunto porque les provocaba una risa incontrolable. Según Victor Hugo, “riendo... hacía reír”, pero realmente él no reía, sólo su rostro estaba involucrado con su “risa eterna”, con “su risa automática”. Incluso, si lloraba, reía siempre, y la gente que lo miraba se reían de él porque “sobre el cuello llevaba esa cabeza infernal de la hilaridad implacable. ¡Qué fardo para una espalda humana es la risa eterna!” (Hugo, 1944:139).

Al respecto, Jankélévitch nos hace ver que “la siniestra máscara del ‘hombre que ríe’ ha fijado por decirlo así, el rictus de la ironía, que no es risa pura, sino mueca estática y llena de amargura, disonancia insoluble” (Jankélévitch, 1982:118). El sadismo quirúrgico ejercido para convertir a un sujeto desde niño en objeto de diversión surgió en algunas partes de Europa a finales del siglo XVII. Futuras naciones aceptaban sin ningún empacho la presencia de una asociación nómada especializada en la compra-venta de niños para transformarlos en monstruos que servían para reír y entretener, o bien fracturarles los miembros y ya contrahechos ponerlos a limosnear, como ocurrió en España, sobre todo en los siglos XVI y XVII, según relatan autores como el valenciano Juan Luis Vives en *El socorro de los pobres* (1525) y el zaragozano Carlos García en *La desordenada codicia de los bienes ajenos* (1619). Quizá desde Marco Antonio pasando

por el emperador Domiciano, hasta inicios del mundo moderno, reyes y pueblos necesitaban de bufones y saltimbanquis que desde pequeños les dislocaban las articulaciones para obtener gimnastas o especie de juguetes especiales como enanos, jorobados, “monstruos” que presentaban hipertrichosis lanuginosa (peludos en exceso, como lo muestran algunas pinturas acerca de mujeres barbadas), ya naturales o bien, creados:

De ahí provino un arte, que contaba con sus cultivadores. Se tomaba a un hombre y se fabricaba un aborto; de un rostro se hacía un mascarón, se aplastaba el crecimiento, se petrificaba la fisonomía. Esta producción de casos teratológicos tenía sus reglas, era toda una ciencia. Imaginad una ortopedia a la inversa (Hugo, 1944:18).

Parecía que se trataba de convertir al hombre en mono y a la inversa, porque la nobleza inglesa fue aficionada a estos animales que nunca han dejado de divertir a los hombres; amaestrados, servían de pajes vestidos de librea en los carruajes o en general como criados. Los gustos de la época buscaban el contraste, así que no era raro ver a un enano acompañado de un niño de la nobleza o de un perro enorme. Nos dice Marie Leroi: “En un cuadro, un principito está de pie junto a un enano, lo mejor para resaltar la juvenil elegancia del muchacho. En otro, un enano está colocado junto a un perro lustroso y con pedigrí. Los hombros del enano quedan a la misma altura que la cruz del animal” (Marie, 2007:175). El autor agrega que su triste privilegio era divertir sobre todo a los grandes, pero no está demás reconocer que algunos supieron sacar provecho de tal situación y ascender socialmente gracias a la obtención de favores. Catalina de Medici (1519-1589) intentó desarrollar una progenie de enanos casando algunos pero ninguna pareja tuvo hijos. También la casa de Austria, durante un poco más de un siglo, coleccionó más de 125 de estos personajes. Al respecto, el autor agrega:

Pedro el Grande llevó la diversión al extremo. En 1701 escenificó una boda entre dos enanos a la que invitó no sólo a sus cortesanos,

sino también a los embajadores de todas las potencias extranjeras con representación en la capital. También ordenó que asistieran todos los enanos en trescientos kilómetros a la redonda. Una docena de hombres y mujeres pequeños entraron en la capital a lomos de un solo caballo, seguidos de una multitud que se burlaba de ellos. En la corte, algunos enanos intuyendo que iban a ser ridiculizados, se negaron a tomar parte en la diversión. Pedro les obligó a servir a los demás (Marie, 2007:176).

En las necedades y aberraciones humanas igualmente encontramos que tanto el sultán del imperio turco como la Santa Sede demandaban eunucos; el primero para vigilar su serrallo, y el Santo Papa para cantores, mejor conocidos como *castrati*, para el *bel canto*. En ellos, debido a la mutilación, su crecimiento tardaba en detenerse de ahí que tuvieran cuerpos muy altos y un vientre enorme. Su desproporción también fue objeto de burla, como podemos ver en algunos grabados, un ejemplo lo encontramos en la obra de William Hogarth (1723).

En la época de Carlos II de Inglaterra (1630-1685) existió una especie de gallo-hombre que tenía la obligación de cantar como el ave cada hora, mientras deambulaba por el palacio. El sujeto estaba operado de la laringe, pero a la duquesa de Portmout le molestó porque salivaba demasiado. Para mantener la diversión lo sustituyeron por alguien normal y su función se elevó al rango de oficio. Por su parte, Jacobo II toleró la venta-compra de niños efectuada por padres empobrecidos o dueños de esclavos pues el negocio de vender cuerpos redituaba bastante dinero a la dinastía Estuardo, y por eso el cuerpo que se vendía se marcaba con una flor de lis. Fue Guillermo III quien en 1687 decretó disolver estos sucios negocios y castigar a quienes continuaran en ellos. Entonces se decidió marcarlos con un hierro candente con las letras R de *Roge* (pícaro), T de *Thief* (ladrón) y una M de *Manslayer* (homicida). Según Victor Hugo, en esos momentos existía un grupo de vivisectores especializados en desfigurar rostros y cuerpos:

El doctor Cónquest, miembro de Colegio de Amen-Street y visitador jurado de los laboratorios químicos de Londres, ha escrito un libro en latín sobre esta cirugía al revés, mencionando los procedimientos de la misma. Si ha de creérsele a Justus de Carrick-Fergus, el inventor de esta cirugía fue un monje llamado Aven-More, palabra irlandesa que significa Río Grande (Hugo, 1944:18).

## Conclusiones

Hoy registramos que la apropiación o secuestro y manipulación de la risa, junto con el uso de sus aspectos más brutales, también conlleva la instrumentación y el reforzamiento de aspectos banales con el objetivo de neutralizarla y hacerla inofensiva. Digamos que los posibles frailes *Aven-More* de Victor Hugo hoy son especialistas no en cirugías del cuerpo sino de la psique. En efecto, nos explica Ferreyra que según Deleuze “reímos y reímos mucho”, pero sobre todo es la filosofía la que ha de leerse con una risa loca. Pero

[...] la risa tiene muchas formas. Hay una risa publicitaria, una risa de autoayuda, una risa que celebra lo real como si fuera una fiesta, fingiendo que no hay miseria y sufrimiento. Hay una risa que juzga, que denigra. Es la risa irónica, que desprecia lo real en nombre de un ideal inalcanzable. Hay otra risa que, en cambio, se sumerge en el mundo, junto al mundo, en su baja, en sus absurdos, sus calamidades (Ferreyra, 2016:205).

Ciertamente, pero en las anteriores formas de risa es muy importante la irónica porque ella constituye una actitud proteica que en ocasiones ni niega ni afirma, o afirma para negar, y niega para afirmar. Es ubicua y cuestiona todo, rechaza la hipocresía de la necesidad, y enfatiza las tonterías de nuestro nervioso mundo. Quizá por ello desgraciadamente es poco empleada y es otro el tipo de risa que domina nuestros tiempos.

La ironía nos ayuda a descubrir el engaño y a la pleonexia o avaricia, y a la estupidez de la necesidad que asfixia a la vida contem-

poránea. Pero necesitamos comprenderla porque, por ejemplo, ella acostumbra mentir para destruir la mentira y destruirse a sí misma porque su importancia radica no en sus palabras sino en sus pensamientos. Y por disparatadas que parezcan sus palabras, ellas son lo contrario de lo que dicen con el fin de ayudarnos a desenvolvernos haciendo a un lado los vicios. Para Jankélévitch ella acostumbra reafirmar el espíritu rechazando a la letra, y no puede confundirse con la hipocresía. La mentira es repugnante, y en cambio la ironía es simpática, la mentira no ayuda, y la ironía sí, aun cuando acostumbra ocultarse para guiarnos. Ella parece que habla pero en realidad calla, y callando expresa aunque no lo quiera (Jankélévitch, 1982:57).

Como Sócrates, ella nos ayuda con su mayéutica, y nos enseña que mientras la mentira justifica los medios que sean necesarios para alcanzar sus fines, ella en cambio nos obliga a transigir con lo que creemos, y a pensar y descifrar lo que dice ayudándonos a expresar nuestra palabra y autoanalizarnos, a observarnos, y a leer entre líneas para entender lo que los discursos acostumbran ocultar maliciosamente o bien por accidente. La ironía nos encanta porque no recurre al canto de las sirenas que nos llaman para destruirnos, y más bien nos llama para infundirnos paz porque ella “obtiene esa sonrisa de inteligencia y amistad que significa la conversión del egoísta imbécil a la benevolencia, y que marca el final de la estación del fraude y de la ira” (Jankélévitch, 1982:59). Ella tampoco miente y no acostumbra a abandonar a sus interlocutores porque también los convierte en ironistas, y al invertir los papeles se construye el diálogo que busca la verdad, y no el monólogo siempre estéril y fanfarrón. Además, a la mentira le disipa la bruma que la cubre gracias a la reflexión. También, a causa de la imbecilidad humana, recurre a la persuasión indirecta y por eso llega a parecer un obstáculo sin serlo, pues ella simula para que la verdad surja gracias al recurso de la falsa evasión. Rehúye el cinismo procurando evitar la tragedia al cuestionar la bajeza del otro. En sí, es una especie de “superconciencia” alegre que acostumbra burlarse de la necedad. La ironía igualmente “es lo que no es, y no es lo que es; es distinta de sí misma, siempre un poco más

o un poco menos: quiere y no quiere, nunca acabamos de saberlo” (Jankélévitch, 1982:114).

Quizá porque la ironía ignora su condición, “es un enigma”, pero está a la vez abierta no cerrada, y por eso no es injusta. Y su risa nos seduce, aunque ella no tenga ganas de reírse ya que acostumbra detener su risa para que aparezcan los vericuetos de la conciencia que son siempre molestos, y es que “la ironía apunta a otra parte. La risa, en cambio, no apunta a otra parte ni simula: simplemente ríe...” (Jankélévitch, 1982:115).

Ahora, siguiendo a Gilles Lipovetky, encontramos que vivimos sin ninguna fe, y no precisamente porque seamos ateos, más bien somos humoristas. Humoristas con un estilo desenfadado en la moda, en el periodismo, en la radio, en la televisión, en internet, en la publicidad, en los *comics* y en la vida diaria. Pero nuestro humor no recurre a la burla ni a la crítica, y si lo hace, por encima está la idea de que vivimos “una atmosfera eufórica de buen humor y de felicidad sin más” (Lipovetsky, 1986:140). Nuestra risa todo el tiempo es vacía y retroalimentada con el vacío, y, abierta o soterrada, sólo transmite violencia extrema y vulgaridad. Inundados por el narcisismo negamos toda estética o más bien preferimos la estética de lo horrendo; pantalones, zapatos, camisas, destruidos tienen precios altos porque son la moda, y como dueños de nuestro cuerpo no encontramos nada mejor para él que, por ejemplo, tatuarlo o bien disfrazarlo de zombi o de personajes de *comic*. Personas mayores de 30 años juegan y se filman jugando disfrazados de personajes de *La Guerra de las Galaxias*, de gladiadores, de *Caballeros del Zodiaco* y muestran en las llamadas redes sociales muy contentos sus actuaciones, y sus seguidores los contemplan fascinados; también, un día al año, se bajan los pantalones en lugares públicos a la misma hora sólo para escandalizar, y reír, sin protesta visible alguna. Ciertamente, enfrentamos la liquidación de la ironía a cambio de la abundancia de risa boba o estúpida ideal para combatir la depresión y la neurosis, sin darnos cuenta de que cuando nos creemos ingeniosos, en realidad sólo somos payasos.

En Barcelona, el 15 de marzo de 2002, los manifestantes contra la globalización idearon todo un programa para divertirse mientras

protestaban. El programa comprendió en sus diferentes horas varios actos; iniciaron con una “Pedaleada intergaláctica”, luego tuvieron una “Caza *lobbis*” (contra los grupos de presión), le siguió la “Pintada de un mural zapatista”, y más adelante “Reparto de palomitas transgénicas” y, finalmente, un “Circo para denunciar el circo gris y criminal del imperio global”. Además, para hacer el acto “más intenso”:

Los rebeldes se conducían como niños y se expresaban como párvulos, desfilaban disfrazados de piratas o de payasos y tocaban los timbales, bailaban o cantaban en una atmósfera que recordaba un cumpleaños escolar. ¿Los anarquistas? Los autoproclamados de la CNT se habían pintado la cara de blanco y negro, y a su lado marchaba otro grupo en defensa de la clase oprimida que se autodenominaba “Fiambrera Obrera” (Verdú, 2003:49).

En estos casos la casualidad no existe. Con orgullo y desparpajo la agencia norteamericana de publicidad Saatchi & Saatchi a los adultos aññados los llama *Adults are Becoming Kids Again*, es decir, anuncia feliz el próximo destino: “Los adultos están volviéndose niños de nuevo”. Ahora se juega más, jugamos más, y se venden más trivialidades, parchís, patines del diablo eléctricos. Conocemos varios ejecutivos que para relajarse del “trabajo en casa” se entretienen utilizando simuladores de autos de carreras. Simplemente:

En Madrid, el Carlos Sainz Center es un lugar de convenciones donde además de las salas de reuniones, la cafetería, las cabinas de traducción simultánea y los comedores reservados se ofrecen “las mejores pistas de karts en Europa” para que los ejecutivos puedan hacer carrera durante los descansos. En diferentes corporaciones norteamericanas y europeas de informática dejan llevar las mascotas al trabajo, y en algunas el correo lo reparte alguien disfrazado de Pato Donald. Las oficinas de la “nueva economía” están repletas de motivos infantiles: muñecos, estampas, balones, bicicletas, globos que recuerdan las habitaciones de las guarderías, y los empleados reproducen con las paint-balls las luchas entre las pandillas “militarizadas” de su infancia (Verdú, 2003:57).

¿Habrá algún cambio de entonces a ahora? Lo dudamos, más bien ahora los niños adolescentes en las calles se ven bellos con sus pijamas disfrazados de dinosaurios, al igual que las niñas, también adolescentes, portando en su cabeza diademas con las orejas de Mickey Mouse, o bien desfilando ellos y ellas disfrazados de zombis o adultos jugando con sus muñecos de *La Guerra de las Galaxias*. Todo es moda, todo es igual, todo es lo mismo, todo es válido, nos podemos burlar de los otros y devorarnos mutuamente pero, sobre todo, la banalidad se hace “viral” y tapa todas las salidas como si fuera impuesta desde el descerebramiento y la perversión más profunda. Se nos dice que las jerarquías ya no existen, que todo está bien, que los intereses son todos iguales y no hay amos ni esclavos.

Además, nuestras sociedades se muestran encumbradas como ideales, y se pregona que las contradicciones están eliminadas, y nuestra vida y el futuro son paradisiacos. Nuestro mundo se planifica y se construye con “cabezas exactas”, y gracias a ellas todo es preciso y virtuoso. Y reímos, ciertamente, pero de manera cínica para volatizar los problemas, y no resolverlos, y reímos incansablemente, así como algunos acostumbra ejercer el poder por el poder. Debido a ello, por ejemplo, el chiste, “como síntesis de elementos contradictorios”, lo hacemos a un lado porque requiere una mente y una imaginación flexible y ágil, además

[...] saltando con desenfado de una idea a otra... consigue reunir ideas amigas cuyo encuentro había estado prohibido durante mucho tiempo; favorece las atracciones misteriosas, las simpatías y las relaciones excitantes; escamoteador y tramposo, pasa furtivamente del sentido figurado al sentido propio y del espíritu a la letra; posee un talento especial para la anfibología (Jankélévitch, 1982:121).

En un mundo excesivamente infantilizado, preferimos al cuenta chistes, al gracioso, vulgar y simplón que no nos incomoda y que apoyado con carcajadas y aplausos enlatados nos dice cuándo debemos reír, o bien a las imágenes fugaces, que no dejan huella, y que sin esfuerzo o complicación, normalmente provocan sonrisas frívolas e

intrascendentes y que sobre todo sirven “para matar el tiempo” y no aburrirnos. Ahora todos reímos con ellos como espíritus chocarreros. Igualmente, desde hace años en nuestro mundo la mierda merece una atención especial, quizá porque la sociedad de la (in)formación y del (des)conocimiento ha logrado obtener ciudadanos con fijaciones propias de la fase anal “en la que el niño que ahora somos obtiene placer en sus juegos con el excremento” (Verdú, 2003:70).

Lavando culpas, el capital recicla la basura, la mierda, pero primero nos obliga a recolectarla, a separarla, y luego se muestra orgulloso como si realmente estuviera salvando el mundo sin dejar de incrementar sus ganancias. Y es que

[...] destrozos, porquerías, putrefacción. Tanto lo bello como lo feo son categorías serias, pero lo feo gana en la moda un punto de mordacidad, una supermirada chic que agrega a las cosas un suplemento de irrealidad de lujo. Se presenta feo lo que podría hacerse de otro modo, pero se hace feo para acentuar la noción perversa, la *part du diable*: lo bello –como lo nuevo– siempre sería más soso (Verdú, 2003:151).

El arte ahora investiga la belleza de las cárceles, la sangre y la piel de los tatuajes de los asesinados, junto con sus cobijas y las improvisadas armas que emplean los presos para matarse, los cementerios, los barrios marginales, y experimenta un amor muy extraño por la basura y los vertederos. ¿Suena raro u ofensivo? Realmente no, los perversos amos del mundo saben muy bien lo que hacen. En septiembre de 1995, invitados por la fundación Gorbachov, se reunieron “quinientos políticos, líderes económicos y científicos de primer orden” en el hotel Fairmont de San Francisco. Reconocieron que muy pronto, para mantener la actividad de la economía mundial, sólo será necesario emplear dos décimas partes de la población activa, y entonces el problema será cómo gobernar y qué hacer con el 80% de la población sobrante. La solución provino de Zbigniew Brzezinski, viejo consejero de Jimmy Carter y fundador en 1973 de la Comisión Trilateral, club que constituye una especie de *International* donde se reúnen los capitalistas que dirigen el mundo. La solución fue simple: intensificar la *titytainment* o “teta del entrete-

nimiento”, es decir, un “cóctel de entretenimiento embrutecedor y de alimento suficiente que permitiera mantener de buen humor a la ‘población frustrada del planeta’” (Michéa, 2002:42). Así, dicha *teta* es y será nuestra mejor escuela, y más vale olvidar esa ironía abierta que ayuda a entendernos y fundar una comunidad solidaria gracias a su capacidad y perspicacia para descubrir engaños, mentiras, falseamientos, y aceptar con orgullo la risa banal que ríe simplemente por reír porque así lo han decidido los amos del mundo.

### Referencias bibliográficas

- Aleijem, Scholem (1980), *Cuentos y monólogos*, estudio preliminar de Jaime Barylco, Biblioteca Básica Universal, Buenos Aires, Argentina.
- Bajtín, Mijaíl (1974), *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Barral Editores, Barcelona.
- Bataille, George (1997), *El erotismo*, Tusquets, Barcelona.
- Baudelaire, Charles (1988), *Lo cómico y la caricatura*, Visor, Madrid.
- Berger, Peter (1999), *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*, Kairós, Barcelona.
- Buber, Martin (1978), *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros I*, Paidós, Buenos Aires, Argentina.
- Bulgákov, Mijaíl (1983), *Vida del señor de Molière*, Montesinos, Buenos Aires.
- Citati, Pietro (2008), *Ulises y la Odisea. El pensamiento iridiscente*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- Detienne, Marcel (2001), *Apolo con el cuchillo en la mano. Una aproximación experimental al politeísmo griego*, Akal, Madrid.
- Eco, Umberto (1980), *El nombre de la rosa*, Lumen, Barcelona.
- Eggers Lan, C. y Juliá, V. E. (1981), *Los filósofos presocráticos I*, introducciones, traducciones y notas por Conrado Eggers Lan y Victoria E. Juliá, Gredos, Madrid.
- Ferreyra, Julián (2016), “El poeta satírico: en búsqueda de la fuente fantasma”, en *Intensidades deleuzianas: Deleuze y las fuentes de su filosofía III* (pp. 204-230), Ediciones la Cebra, Buenos Aires, Argentina.

- Hugo, Victor (1944), *El hombre que ríe*, Biblioteca Mundial Sopena, Buenos Aires, Argentina.
- Jankélévitch, Wladimir (1982), *La ironía*, Taurus, Madrid.
- Klein, Robert (1980), “El tema del loco y la ironía humanista”, en *La forma y lo inteligible. Escritos sobre el Renacimiento y el arte moderno* (pp. 393-403), Taurus, Madrid.
- Lipovetsky, Gilles (1986), “La sociedad humorística”, en *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (pp. 136-172), Anagrama, Barcelona.
- Lipps, Theodor (2015), *El humor y lo cómico. Un estudio estético-psicológico*, Herder, México.
- Mandelstam, Nadezhda (2012), *Contra toda esperanza. Memorias*, prólogo de Joseph Brodsky, Acantilado, Barcelona.
- Marie Leroi, Armand (2007), *Mutantes. De la variedad genética y el cuerpo humano*, Anagrama, Barcelona.
- Michéa, Jean Claude (2002), *La escuela de la ignorancia y sus condiciones modernas*, Acurela & A. Machado, Madrid.
- Minois, Georges (2015), *Historia de la risa y de la burla. De la Antigüedad a la Edad Media*, Ficticia, México.
- Pernoud, Regine (1962), *Los orígenes de la burguesía*, Los Libros del Mirasol, Buenos Aires.
- Shakespeare, William (1951), “Macbeth”, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid.
- Verdú, Vicente (2003), *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Anagrama, Barcelona.
- Wagenstein, Angel (2008), *El Pentateuco de Isaac*, Libros del Asteroide, Barcelona.
- Wiesel, Elie (1991), *El crepúsculo, a lo lejos*, Norma, Colombia.

Fecha de recepción: 15/05/22

Fecha de aceptación: 31/08/22

DOI: <https://doi.org/10.24275/tramas/uamx/202258189-218>

**convergencias**

